

PRÉGÓN 1985

Por Carlos Adrán Goas

Pronunciado en la Iglesia de San Francisco,
el sábado, día 30 de marzo



Un año más la "tierra de Viveiro" va a vivir la experiencia del Drama del Calvario. Va a recorrer paso a paso, con el respeto y fervor acostumbrados, los acontecimientos más señalados de nuestra Redención. Desde la Entrada triunfal de Jesús en Jerusalem, que se celebra en el Domingo de Ramos, hasta su triunfante y esperanzadora Resurrección, va toda una semana cargada de emotivos, piadosos y evocadores recuerdos del Drama universal y escalofriante que constituye el eje central de nuestra Redención. Este sagrado recuerdo, universal o irrepetible se viene celebrando en la "tierra de Viveiro" desde tiempo inmemorial, en puntual tradición franciscana y dominica, adaptada a cada tiempo, esculpida por la sensibilidad de unos artistas y dicha con el estilo peculiar de nuestro pueblo. El contenido espiritual de estos Misterios, la carga emotiva que conlleva y el fervor solemne con que se expresan, constituyen las características más destacadas de la Semana Santa Vivariense. Porque en estas celebraciones se ha

logrado unir con acierto la tradición con la innovación, el arte con el buen gusto y la fe con la emoción. Y así la Semana Santa de Viveiro no es sólo procesión itinerante, sino culto, explosión de arte, Viacrucis penitente, Liturgia de la Palabra, escenificación didáctica y emoción contenida. Se ha logrado decir que lenguaje trascendente, emotivo y artístico, el contenido de toda una herencia espiritual ordenado en la brillante estética de nuestro tiempo. Y a este resultado se ha llegado gracias al talante de unas gentes, de un pueblo, que partiendo de sus raíces más profundas evoluciona con los tiempos en una vocación común de entendimiento, superación y fe.

En años anteriores se habló desde aquí, con más autorizada voz, de los antecedentes, de los fundamentos, del fervor religioso y de la piedad de nuestro pueblo. Se nos hizo vivir la tradición franciscana, se nos recordó la influencia dominica de nuestra Semana Santa. Quisiera hoy, más con emoción que elocuencia, recordar la pequeña historia de

nuestras procesiones, la anécdota sencilla de una imagen, el gesto elegante y generoso de tantos vivarienses que hacen cada año posible la realidad palpable de estas celebraciones. Para que, cuando los desfiles procesionales se estrechen en las calles de Viveiro o la escenografía del Calvario se abra en la explosión popular de nuestras plazas, o nos recojamos con fervorosa plegaria ante devota imagen en la intimidad del santuario, tengamos un agradecido recuerdo para quienes hicieron y hacen posible con su arte, donación, esfuerzo y vocación el lenguaje más brillante de nuestra Semana Santa.

7 de abril de 1944, Viernes Santo. Día desapacible. El Encuentro se celebra en la plaza con un cielo amenazando lluvia. Predica el Padre Eulogio Nebrada. Llueve al mediodía mientras en San Francisco se pronuncia el Sermón de las Siete Palabras. El Desenclavo ha de realizarse en el interior del templo de Santa María del Campo. Mejora el tiempo y sale la procesión del Santo Entierro por el recorrido de costumbre. Es tradicional el paseo, por la calle de abajo, una vez finalizada la procesión. Un grupo de amigos jóvenes e inquietos -Xeral, Pepe Cociña, Paco Fanego, Nemesiño,...- coinciden en el ritual paseo. Pronto surge entre ellos el tema de las procesiones de Semana Santa. Desde principios de siglo en que el coadjutor de Santa María, familiarmente llamado D. Manuel de Eduardo, había intentado renovar las clásicas solemnidades, prácticamente nada se había hecho. Y la Semana Santa de Viveiro cargada de fama secular languidecía tristemente y corría el riesgo de perderse. Entre ellos tratan de buscar una solución al problema. Animados a revitalizarla, a dar le nuevo brío y empuje deciden fundar una Cofradía que no sólo aunara voluntades, encauzara propósitos y estimulara los ánimos,



Presidencia de la JUFRA en el año 1976

sino que también aportara nuevas imágenes, organizara cultos y diera un nuevo estilo a nuestra Semana Mayor.

Con este talante deciden iniciar una serie de consultas, e ir creando el clima apropiado. La primera, indudablemente, a D. Francisco Fraga. Se dirigen a S. Francisco, y allí en la capilla de San Ildefonso, encuentran al tan recordado párroco limpiando personalmente la pila bautismal y comprobando, como era su costumbre, la buena disposición de todos los elementos necesarios para la celebración litúrgica de la Pascua. Le comunican sus propósitos. D. Francisco Fraga iluminó su rostro y en sus ojos azules, llenos de un mar infinito de ternura, apareció una acariciante y delicada mirada que pronto tornó en seria y ponderada. Escuchó atentamente, -años después lo confesaría en público- y comenzó a hacerles toda una serie de consideraciones sobre las dificultades que podrían encontrarse, los inconvenientes que ello traería y la embergadura de la empresa que acometían.

Aunque no les estimuló precisamente, tampoco los desanimó. Era a la sazón Hermano Ministro de la Tercera Orden el inquieto y emprendedor Lino Grandío. Con él consultan los promotores. Lino Grandío vio bien la iniciativa y les animó en su empresa, incluso se ofreció personalmente para cuantas gestiones y menesteres fuera preciso. Pronto aumentó el número de simpatizantes, El Consignatario, Vicente Colosía, José López Nécega, Melquiades, Francisco Riobóo, Antonio Rivera, Otero, Santiaguito, Couceiro, José Pérez Abadín, Francisco Sánchez, Jesús Castro, D. José Pla... y tantos otros que en este empeño

celebraron las reuniones pertinentes al objeto de organizar todo un proceso de revitalización y puesta al día de nuestra Semana Santa. Uno de los objetivos que tuvieron presentes en todo momento fue el de introducir unos actos litúrgicos que, sin desatender ni mermar en nada los ya establecidos, completaran las celebraciones de la Pasión. Aparece así una comisión organizadora competente, eficaz y seria que, asesorada por D. Francisco Fraga y alentada por Lino Grandío, comienza a elaborar unos estatutos, distribuir funciones y mover toda la máquina operativa para llevar a buen puerto la empresa.

En el mes de mayo de aquel año de 1.944 Paco Fanego recorría las calles de Santiago con una lámina de la Piedad de Miguel Ángel en la mano, comisionado por la incipiente Cofradía, buscando un escultor que se comprometiera a realizar un trabajo semejante. Habla con Magariños, con Rivas, Carballido, Rodríguez, Aldrey, Puente y todos los artistas de la gubia que en la Compostela de aquel año tenían abierto su obrador. Previamente asesorado por personas de reconocido buen gusto y ante las lógicas exclusiones por razones de tiempo, trabajo y demás, decide encargar la talla de la imagen a D. José Rivas Fernández. Y allí en el taller de la calle de la Enseñanza número once Paco Fanego trata con el artista la talla de la escultura.

José Rivas dice que no se compromete a tallar precisamente aquella imagen, sino que antes diseñaría un boceto a su modo, y si era del agrado de la Comisión, lo realizaría en el menor tiempo posible. Cumplido su cometido vuelve Fanego a Viveiro, animado por la buena

elección del artista. Sería en el mes de junio, aproximadamente, cuando Rivas llamado por Otero con quien tenía gran amistad, no en vano habían trabajado juntos en el mismo taller de Santiago, llega a Viveiro con el boceto prometido y, ante la Comisión de la nueva Cofradía, presenta su diseño y una maqueta en escayola que todavía conservan sus hijos en Santiago. La Comisión aprueba y da su consentimiento. Allí mismo, mediante unos recibos, incobrables por cierto, los componentes de la Comisión de la Cofradía aportan unas 9.000 pesetas, aproximadamente, como señal para que Rivas pudiera ir empezando a realizar su talla.

(Otro problema que se le presentaba a Rivas era la madera, que había de ser de buena calidad. Había en la playa de Covas un yate para desguace. Sus maderas de teca y caoba eran apropiadas para la talla, aunque estaban algo deterioradas por las clavazones lógicas de la nave. Mientras se decidía o no Rivas por tal material el yate fue vendido a la empresa Hispania que la convirtió en lápices. Aunque decoroso, no fué muy brillante el fin del yate, pudiendo convertirse en el control de las miradas de generaciones por las calles de Viveiro).

D. José Rivas Fernández, el artista que dio cuerpo y forma a la nueva generación imaginera de nuestra Semana Santa, nació en Santiago de Compostela hace exactamente cien años, en 1.885. Estableció su primer taller en el año 1.909, en la Rúa del Villar, precisamente, frente a la casa donde nació mi padre. Él le recordaba con cariño pues fué allí donde fumó su primer pitillo. También conoció en ese taller a D. José



Rvd. Francisco Fraga en el Vía Crucis de Hombres. Miércoles Santo de 1950.



Publicidad de 1953



El hoy párroco Xosé Román Escourido Basanta llevando la Cruz Parroquial de Santa María del Campo. Viernes Santo 1967

Otero Gorrita que acudía con frecuencia a decorar las imágenes que salían de las manos de Rivas. Rivas nunca firmó sus obras, ni se preocupó de guardar contratos ni facturas. Hombre modesto, trabajador y gran profesional, tenía en Viveiro un gran amigo D. Francisco Sampedro Galdo a quien en todo tiempo dio muestras evidentes de su afecto, continuando sus hijos y familia la vinculación afectiva de sus repectivos padres. En su arte, Rivas fue como una especie de flor otoñal, que con su estilo naturalista lleno de recuerdos barrocos en sus composiciones, bebidos en la profunda meditación de las obras de Ferreiro, Mateo de Prado y Gregorio Hernández, creó un nuevo tipo iconográfico como la Virgen del Carmen Marinera, Santiago Apóstol peregrino, etc. Sus figuras son de canon esbelto, rostro ovalado, facciones totalmente idealizadas y modelado dúctil, peinadas con largos cabellos prestos a disolverse en la luz ambiental, y vestidas con paños blandos y amplios, no exentos de efectos lumínicos. Fue sin duda alguna el último gran imaginero compostelano. En el año 1.936 traslada su taller a la calle de la Enseñanza número once donde todavía sus hijos conservan con gran cariño las maquetas de retablos e imágenes que su padre había creado. Murió José Rivas Fernández en Santiago en el año 1.950.

La iconografía del grupo de La Piedad está compuesto por dos personajes: María y, sobre sus rodillas, exánime, el cuerpo de su Hijo bajado de la Cruz. Este tema no procede del Evangelio, sino es creación de la piedad mística, nacida a comienzos del siglo XIV. La evolución iconográfica de esta escena nos presenta en los siglos XIV y XV a Cristo recostado sobre las rodillas de la Virgen; en el siglo XVI está Cristo tendido a sus pies y reposa su cabeza en las rodillas de su madre:

La imagen titular de la Cofradía del Cristo de la Piedad, que Rivas siempre llamó Cristo de los Comerciantes, está tallada en una madera durísima. Una especie de cedro duro y compacto. Los operarios de su taller y sus hijos todavía recuerdan el trabajo inmenso que le dio dicha obra. Para clavar las puntas era necesario antes perforar la madera con taladros. De ahí su enorme peso. Toda la talla de este paso procesional, majestuoso y solemne con el que se inauguró la nueva época imaginera de la Semana Santa de Viveiro, fue esculpida entera y personalmente por D. José Rivas, así como también el Cristo de la Agonía. El Ecce-Homo, Jesús y Judas del Prendimiento.



Orfeón de Obreros Católicos de Mondoñedo. Durante su actuación en el pregón de 1974.

Tardó Rivas en esculpir el Cristo de la Piedad unos cuatro o cinco meses.

El día 29 de marzo de 1.945, hizo ayer exactamente cuarenta años, a las 9 de la noche desfiló por primera vez este monumental paso, acompañado de 45 cofrades encapuchados con capirote blanco, vistiendo túnica negra y portando como emblema la corona de espinas, los tres clavos la lanza y la esponja. Decía Alvaro Santiago Novo en las páginas del Progreso de Lugo de fecha 3 de abril de dicho año.

"Hemos admitido la imagen y hemos observado en ella una verdadera obra de arte y un prodigio de inspiración".

Y D. Enrique Chao Espina en la novena al acto de la Piedad:

*Cristo de carne de vela,
hecho un gotear sangriento,
mariposa de pestañas
con tus ojos entreabiertos;
y en tu mirada de nube
has revelado el secreto
de un INRI que me grita
"Mi muerte fue tu remedio".*

*Madre del Dolor oculto,
que llevas de Cristo el Cuerpo
hecho una luna sangrienta
en procesional entierro.
Vida y muerte va en tus brazos
cual púlpitos de silencios,
para conmover el alma,
el corazón de los buenos
y la piedad que te tienen
tus cofrades de Viveiro.*

El grupo escultórico delicadamente decorado por José Otero Gorrita, fue paseado procesionalmente por las calles de Viveiro a hombros de 24 portadores e iba iluminado por 28 bombillas eléctricas

de efecto sorprendente. Cerrando la procesión la banda de música municipal y a continuación una centuria de Flechas Navales, que por primera vez desfilaran aquel día en la procesión de la Cena, llamando la atención su correcta formación y la banda de cornetas y tambores que les acompañaba.

Y así fue como a grandes rasgos se desencadenó todo un proceso renovador de nuestra Semana Santa. ¡Cuántos sacrificios, trabajos y sudores costó la obra! ¡Qué deuda tiene pendiente Viveiro con cuantos contribuyeron a remozar, mejorar y completar la tradición pasionista de nuestro pueblo!

No quisiera concluir esta introducción a la Semana Santa vivariense sin antes recordar, aunque sea someramente, la riqueza imaginera de nuestras procesiones y la solemnidad profunda de los cultos litúrgicos subrayada artísticamente.



"Domingo de Ramos", año 1975

ticamente por la tradición coral de Viveiro, remozada también de la mano de Doña Herminia, que, mendigando unas veces y otras empujando, consiguió despertar toda una afición coral a cuyos brillantes resultados asistimos en estos tiempos.

Ella fue su iniciadora y con grandes letras está escrito su nombre en el corazón y la memoria de cuantos cantamos bajo su batuta.

La imaginería de la Semana Santa de Viveiro es un tanto irregular. Presenta repeticiones en los motivos iconográficos y suplencias mediante adaptaciones realizadas con buen gusto y mejor voluntad por los encargados de turno.

En su aspecto histórico es francamente, interesante. Mejor diría, apasionante. El mérito artístico, siempre criticable, en general podríamos calificarlo de importante. Los imagineros y artistas que tallaron las imágenes de nuestra Semana Santa, partiendo de los desconocidos de obligada costumbre son: por orden de antigüedad: escultor de S. Ciprián de finales del XVIII principios del XIX, Juan Sarmiento: "La Última Cena", "San Juan del Encuentro", "La Verónica".

José Tena, escultor valenciano de principios del siglo "La Flagelación", María Magdalena", y "San Juan del Santo Entierro", y "El Cristo Yacente".

Modesto Quilis, también escultor valenciano de principios de este siglo "Dolorosa al pie de la Cruz".

José Rivas: "La Borriquita", "Cristo de la Agonía", "Cristo de la Caña", "Dolorosa, Magdalena y San Juan del grupo de las Siete Palabras", "El Beso de Judas" y "Cristo de la Piedad".

Rodríguez y Puente, compostelano de este siglo "Dimas y Gestas" de José Otero Gorrita, decorador y restaurador de la imaginería vivariense. Al faltar los libros de Actas de la V.O.T. anteriores al año 1754 por negarse a entregarlos el Secretario de entonces, D. Ignacio de Prado, desconocemos el nombre de algunos de los imagineros que dejaron con su arte, escrita en las tallas, la historia de nuestra Semana Santa. Pues en el Libro de Actas del año 1754 al folio 1, que se guarda en el Archivo de la Orden Tercera se lee: "Mediante a que el Libro Principal de ella que se puso a cargo del Hermano Secreta-



Procesión de la Borriquita años 70

rio D. Ignacio de Prado, hace tiempo, que ni concurre con él a las Juntas ni menos lo quiso entregar cuando se ausentó de esta Villa". Dada la meticulosidad y riguroso control que la Tercera Orden tenía es de suponer que estarían registrados cuantos datos faltan sobre las imágenes propiedad de dicha Cofradía. No obstante podemos decir del Ecce-Homo, llamado de "los franceses" cuya leyenda de todos conocida, nos relata de modo magistral el Licenciado Pravía en artículo publicado en el Programa de Semana Santa del año 1950. Dice así: "Viveiro escribió las más gloriosas páginas de su historia el año de 1809, defendiéndose y venciendo por una vez a los franceses en enero de 1809. Al siguiente mes, sacrificó a nuestro inmortal Bas y el general Mathieu condenó a morir a cuantos sobrevivían en la villa. La mañana del 18 fue de saqueos, de venganzas horribles e innobles represalias. Al caer la tarde, el general penetró con los suyos en la iglesia de San Francisco y bajó las escaleras de la capilla de la Tercera Orden. Allí, alrededor de nuestro nazareno, un grupo de devotos rezaban y sollozaban con la palidez de los condenados a muerte. Ramón Villar Ponte, que a instancias mías, publicó un interesante artículo sobre este emotivo tema, va a servirnos para rematar esta estampa.

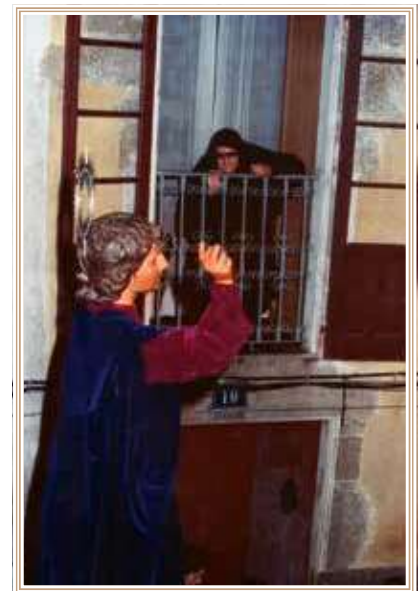
"El general francés y los suyos quedaron ganados por la devota espectacularidad de la escena. Los ojos entorna-

dos del Salvador, animados por los reflejos oscilantes de las luces adquirirían entonces aquella máxima expresión de sufrimiento resignado y superhumano que el artista trató de darle. Y de ello debió salir aquel impulso íntimo e irresistible de conmiseración que actuando en el jefe francés le obligó, primeramente a dar orden de que no se tocara a nada ni a nadie de lo que aquí había y, más tarde, a la conmutación del degüello que se proyectaba por otro castigo menos cruel y más llevadero...

"Viveiro, el pueblo que acababa de cumplir como bueno haciendo frente al invasor se veía libre de una terrible venganza por mediación milagrosa del Nazareno que se venera en la V.O.T. Las plegarias de aquellos abnegados que en una noche preñada de peligros, no vacilaron en arras-

trarlo todo para postrárselo suplicantes, habían hecho el milagro".

Esta efigie del siglo XV fue en un principio crucifijo, titular de la extinta cofradía de la Vera Cruz. Pero, al adquirirse en el siglo XVIII el nuevo grupo escultórico que había de sustituirle, convirtieron esta imagen en Ecce-Homo cortándole los brazos, adaptándole unas manos y cubriéndole con una amplio ropón rojo y los atributos propios del nuevo motivo iconográfico. Conserva bajo el ropaje los pies superpuestos del crucificado. Antiguamente desfilaba en la tarde de este



San Juan en la procesión Santo Entierro años 70



El Encuentro subiendo por la Zapatería años 70

Domingo de Ramos y en la del Jueves Santo.

En el año 1950 fue sustituido por otra imagen de nueva factura, obra del Sr. Rivas, mientras se procedió a su restauración en los talleres de D. José Otero Gorrita. Durante el tiempo de su restauración sólo se utilizó para presidir el "quinario" y la fiesta del primer viernes de marzo en la Tercera Orden. Una vez restaurado reanudó su salida en el desfile del Domingo de Ramos.

"La oración en el Huerto"

Talla de autor desconocido, de finales del siglo XVII, y principios del XVIII. En principio tenía otra distribución, que era la siguiente: Jesús arrodillado con los brazos abiertos y frente a él un olivo en el que aparecía un angelillo portando un cáliz. Deteriorado el ángel fue sustituido por un putti procedente del retablo de la Virgen de los Dolores. Y acordada su restauración, Juan Luis Otero talló un nuevo ángel de tamaño natural cambiando la distribución del paso. Desfila en la tarde del Jueves Santo a hom-

bros de 14 hombres, sobre andas construidas por Otero en 1977.

"La Coronación de Espinas"

Conocido también por "O Sentado". Imagen que presenta una majestuosidad impresionante en su rostro. Talla en madera policromada del siglo XVIII, del mismo autor que la Dolorosa de la Tercera Orden. El vaciado de los ojos, la nariz, y disposición de las cejas así lo denuncian. Cuatro portadores lo sacan en procesión en la tarde del Jueves Santo.

"La Dolorosa"

Preciosa y delicada imagen de vestir. Tallada por la misma mano del autor de "La Corona de Espinas". Se estrenó esta delicada y preciosa imagen en 1.741, aunque desconocemos el nombre de su autor. La expresión de su rostro es sobrecogedora. "En la tarde del Jueves Santo es de una subyugante impresión de majestad y grandeza", dice D. José Pérez Barreiro en el Programa de Semana Santa del año 1949. Su rostro cambia de expresión al cambiar de vestido. Dispone de abundante y rico vestuario. Desfila en

la tarde del Jueves Santo, en el Encuentro y preside la procesión "Dos Caladiños". En 1975 estrenó el magnífico trono, obra de Otero, sobre el que desfila.

"Jesús con la Cruz a cuestas"

Nada se sabe de esta antigua imagen ni del sistema de resortes que le dan movimiento. Su primitivo rostro que se conserva en la Tercera Orden, denota que fue esculpido para ser contemplado a cierta distancia (ojos grandes y rasgados frente amplia, un tanto teatral, etc.). En el año 1965 fue sustituida por la actual, obra de Juan Luis Otero, por estar muy deteriorado el original. Se utiliza para la procesión del Encuentro, tradición magistralmente pintada por la pluma de D. Francisco Leal Insua en su libro "Pastor Díaz, Príncipe del Romanticismo".

Esta imagen inspiró a Teolindo Pardo Teijeiro el siguiente soneto:

*¿Que me vale llegar a mi destino
si no llevo la Cruz que Tú me diste?
Dí, Señor. ¿Qué me vale si dijiste
que sin cruz no se sigue tu camino?
Ejemplo fue tu cruz, más que divino
para todo mortal que concebiste.
Pero yo soy el hombre que Tú hiciste;
el mismo, pero falso peregrino.
¿No te fijas, Señor, cómo te pago
negándote mi Cruz y hasta la Tuya?
¡Ay! maldito de mí, como me halago.
Como quiero reirme de tu Historia
como burla mi vida tu Aleluia,
sabiendo que la Cruz lleva a tu Gloria.*

"Cristo del Descendimiento"

Talla en madera policromada de finales del XVI y principios del XVII. Tiene los brazos articulados que le permiten proceder a su desenclavo. El rostro duro y talla en general poco cuidada parece obra de un escultor popular. Destaca el paño de pureza por lo complicado y singular. Los brazos desproporcionados se adaptan bien al fin al que está destinado. Se utiliza tan sólo para el acto del Desenclavo del Mediodía del Viernes Santo.

De la obra de Juan Sarmiento, escultor de San Ciprián, se ha hablado y escrito bastante. D. Juan Donapetry en artículos publicados en los programas de Semana Santa nos da abundantes datos sobre su obra, especialmente del grupo de "Los Apóstolos" o "Última Cena".

El grupo de Última Cena o de los Apóstoles fue tallado en el año 1807 por Juan Sarmiento. Es propiedad de la Tercera Orden. Últimamente fue objeto de una poco afortunada reforma, a mi modesto parecer. El tema de esta obra resalta dos aspectos importantes de su iconografía: uno, el anuncio hecho por

Jesús de que sería traicionado por uno de los suyos –"En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me traicionará" (S.J. 13-21)– y otro la institución de la Eucaristía. Tanto en el arte oriental como en el occidental "La Última Cena" se evoca en el momento en que Jesús consagra el pan y el vino. La mesa, con manteles, es rectangular vista de frente, con los Apóstoles sentados tras ella. Pero Sarmiento adaptó su obra a las características de las calles de Viveiro, colocando la mesa en sentido transversal. Es difícil identificar a todos y cada uno de los apóstoles. Sarmiento se preocupó de escribir sus nombres respectivos en la especie de camiseta de lienzo que cubre sus bustos. Sólo las efigies de Pedro, situado junto al Señor cuya calva y barba le delata, Juan por su rostro barbilampiño, también junto al Señor, con rasgos juveniles y Judas que es el único que ostenta su atributo, una escandalosa y provocativa bolsa roja.

Desfiló por primera vez este grupo en la Semana Santa del patriótico año de 1808 y según Donapetry al artista Sarmiento formó filas en la procesión portando un hachón y oyendo los elogiosos comentarios a su obra. Sólo quisiera recordar dos leyendas sobre la imagen de Judas del popular paso. Ambas pueden tener cierta relación entre sí. Una la oí de labios de Manuel Vázquez Chao, persona imprescindible para la redacción de este pregón y no sólo eficiente en sus obligaciones litúrgicas, sino también en cuanto a la historia y cuidado de nuestros templos y Cofradías se refiere. Una, repito, la oí de su labio y otra la localicé en el diario el Progreso de fecha 19 de marzo de 1948 bajo el título de "Los Apóstoles de mi pueblo" firmado por un Ramón Villar Ponte.

La primera dice lo siguiente. En el puerto de San Ciprián donde Sarmiento tenía su taller y no lejos de él vivía un pelirrojo vecino, que no sentía precisamente simpatías por el artista. Como los dominicos de Viveiro encargaran al escultor la talla en piedra de una imagen de Santo Domingo, le faltó tiempo al "optimista" para acercarse al convento y "caritativamente" prevenir al Superior de los desaguisados que su vecino pudiera hacer con la piedra. lo cierto es que puesto en aviso Sarmiento de las "singladuras" poco apostólicas de su convecino se esmeró en la obra de tal manera que fue todo un éxito el logrado en su trabajo. Hoy podemos admirar todavía dicha obra sobre la puerta de la iglesia conventual de Valdeflores. Sarmiento, a juego con los sentimientos de su valedor y en justa recompensa, dice la



Mantillas de la Santa Cruz, año 1967

leyenda que inmortalizó su hazaña en la figura de Judas añadiéndole una mirada enrojecida más propia de la envidia y el rencor que de la amable delicadeza, de la escena que representa.

La otra leyenda nos dice que junto a su taller de San Ciprián vivía en soltero, armador, de posición económica que, sin ser brillante, superaba en mucho a la de sus convecinos. Entre sus parientes había uno que gozaba de sus favores por ciertas prestaciones personales que le hacía en su embarcación. Dicho pariente, por el

color de su pelo, era alcumado "O Vermello". Parece ser que Sarmiento tomaba como modelos de sus tallas a los marineros del puerto, sin comprometerse con ellos a indicarles el nombre del Apóstol que iban a representar. Uno de sus modelos fue "O Vermello". Una noche de invierno, cuando más apurado estaba en su trabajo nuestro artista –así le salieron varias de las esculturas, pues hubieron de ser reformadas algunas de ellas por las imperfecciones que se observaron en su talla–. Una noche de invierno, digo,



Colla llevadores de la "Virgen de los Dolores" años 70



Cuatro primeros recibos de los cofrades de la Piedad año 1958

fue asaltado el domicilio del armador por una pandilla de desconocidos, que, tras propinarle una soberbia paliza, dejándolo casi muerto, se llevaron los ahorros que guardaba. El hecho, conocido en todo el pueblo, causó la general indignación. Por la facilidad con que se había cometido el atropello y las características del robo, parecía ser obra de alguien que gozara de la confianza del atracado. Sarmiento recordó que aquella noche había oído pasar a un grupo de gente no identificada y de aspecto sospechoso al frente de la cual iba "O Vermello", pero calló y no delató a su convecino. Lo que más extrañó a todo el vecindario fue que el

citado "Vermello" no supo dar concreta explicación de dónde se encontraba la noche de autos, haciéndose de nuevas y como queriendo evadirse de responsabilidades. Cuan por Semana Santa acudieron los vecinos de San Ciprián a contemplar el paso identificándose y llamándose por su motes al verse sentados a la Cena del Señor –según nos recuerda D. Jesús Noya– "O Vermello" quedó paralizado al verse representando la figura del traidor. Y dice la leyenda que cuando se juntaron de nuevo los vecinos para volver al pueblo "O Vermello" no apareció, tal fue la impresión recibida y la vergüenza a la que se vió sometido.

blo, sólo podemos hablar acaloradamente, pues nuestro afecto hacia él así nos lo pide.

Y nada más, amigos. Tan sólo me queda recordar, pues presentes los tengo cada vez que sobre temas vivarienses trató; sólo me queda recordar, digo, a dos amigos: uno, a ese gran poeta, escritor e ilustre periodista, D. Francisco Leal Insua, que con el tiralíneas delicado y tierno de su pluma dibujó de una vez por todas el perfil humano y popular de nuestra Semana Santa. Y otro, a nuestro querido Cronista Oficial de Viveiro, D. Enrique Chao Espina, quien en todo momento está presto a facilitar bibliografía, documentación y ayuda a cuantos sienten curiosidad por nuestra tierra. El, que desde el silencio de su archivo creado con impaciencia, rigor y tiempo, fue quien me facilitó las primeras armas y sembró en mi esta insaciable hambre de nuestra tierra.

Y ya que la confianza vuestra lo permite, dejadme que en la grandiosidad de este santuario me dirija a este Santo Cristo de la Agonía que preside este acto y al que desde pequeño he tenido grabado en mi corazón, una plegaria que con letra de D. Antonio Prados hago mía:

*¡Cuánta sed en los labios! ¡Cuánta herida!
¡Cuánta sed de holocaustos y de amores!
¡Cuánta sed! ¡Cuánta angustia! ¡Cuántas flores
de púrpura en tu frente dolorida!
¡Cuánta sed yo también! ¡Sed encendida:
de Tí, de Azul, de Tí! ¡De tus dolores!
¡Sed de sufrir para que Tú no llores!
¡Sufrir! ¡Sufrir! ¡Pasión de Luz! ¡Oh Vida!
¡Quemarme en tu costado! ¡Ser tu amigo!
¡Ser ya sed de tu Sed! ¡Pálido río
dormido para siempre en tu regazo!
¡Morir! ¡Morir para vivir contigo!
¡Oh blanca Humanidad! ¡Oh Cristo mío!
¡Cielo hecho CRUZ para el eterno abrazo!*

AMEN



Acto del Desenclavo en los años 70